

LA RELACION DEL ESPANTABLE TERREMOTO DE 1541

Nota introductoria por María del Carmen Ruiz Castañeda

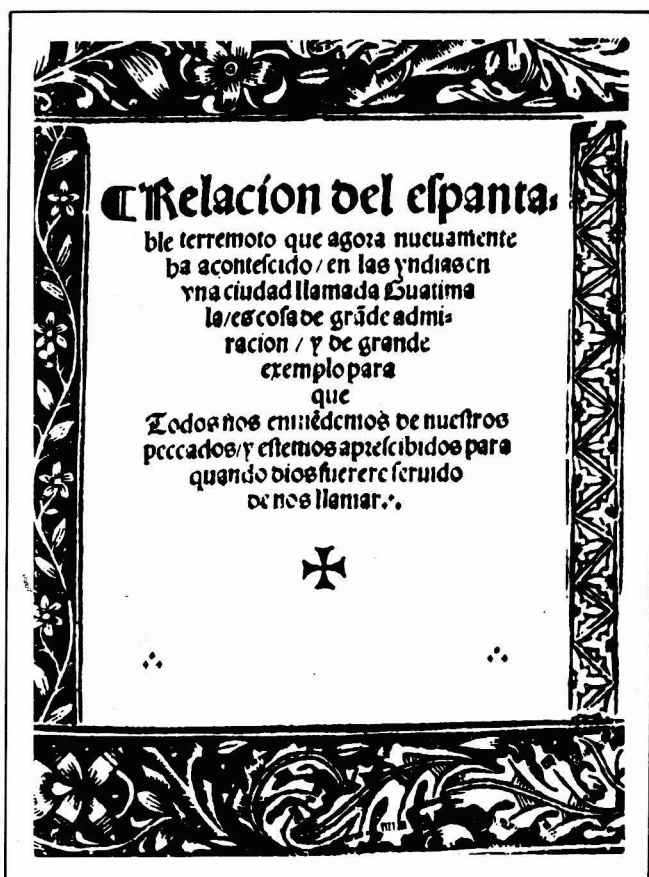
La Relación del espantable terremoto que... ha acontecido en las Indias en una ciudad llamada Guatemala..., publicada en la capital de la Nueva España por Juan Pablos, en 1541, es el antecedente conocido más remoto de la información impresa en América; sólo posterior en dos años a la introducción de la imprenta en la Nueva España, adecuadamente ha sido clasificada por los especialistas como un reportaje que reúne las características esenciales del género, tal como se concibe en nuestros días.

Este documento pertenece a la clase de las ahora denominadas hojas volantes, papeles sueltos informativos que anteceden al periodismo regular, que en su época recibían indistintamente los nombres de relaciones, nuevas, noticias, sucesos o traslados. Su valor excede lo puramente histórico para adentrarse en lo sociológico y lo lingüístico.

La Relación recoge el relato de la destrucción de la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, ocurrida el 10 de septiembre de 1541, a las dos de la madrugada, al estallar el volcán de agua después de una gran tormenta.

Aparece como autor el escribano Juan Rodríguez, quien recoge testimonios de varios sobrevivientes de la catástrofe, los cuales se mencionan familiarmente por sus nombres y apodos. El documento trasciende, pues, las fronteras de la expresión personal para asumir las proporciones de manifestación de toda la comunidad. El relator —o relatores— reiteran conceptos ponderativos como “quedamos admirados”, “parece a los que lo vimos no ser posible”, “parece imposible”, “parece grande milagro”, “una cosa tan espantable que nunca tal se ha visto ni oído”, “y pensaron que era todo hundido hasta que vieron el día...”.

Ciertos pasajes nos transportan de golpe a la mentalidad medieval. Todo el ambiente que anima el relato está preñado de elementos supersticiosos exacerbados por la rareza y la crueldad del acontecimiento, y algunos lindan con una interpretación demoniaca del fenómeno, señaladamente el episodio relatado por el regidor Francisco López del “negro muy alto” que salvó la vida de éste a costa de la de su mujer, y que ca-



minaba libremente por una calle inundada por el cieno; o el narrado por Francisco Cava, quien fue acometido fieramente por una vaca que lo tuvo dos veces bajo el lodo, y que es “de creer que era el diablo, porque en los corredores andaba tan gran ruido que ponía temor y espanto a los que lo oían”.

El hecho se interpreta como un castigo monstruoso de la cólera divina provocada por acciones humanas:

“Hémoslo atribuido a nuestros pecados, porque tan gran tempestad no podemos saber cómo ni de dónde nos vino. Y para aplacar la ira de Nuestro Señor, otro día por la mañana el señor obispo hizo una procesión...”

El sentimiento de responsabilidad social que cabe a los habitantes de la villa ante el castigo divino, se estrecha hasta circunscribirse a doña Beatriz de la Cueva:

“La coyuntura que esta tormenta vino, túvose por misterio lo acaecido en casa de aquella señora... (pues) el sentimiento que hizo por su marido fue extremo... (y) dijo muchas veces que ya Dios no la podía hacer más mal de lo que la había hecho...; posible es que la quisiera Dios martirizar en el cuerpo, en ejemplo de los que da Dios...”

El estilo de la narración es objetivo y nervioso —propia mente periodístico—, dentro de los caracteres del lenguaje coloquial de la época.

La fuerte carga emocional producida en el narrador por la anomalía y proporciones de la catástrofe, se transmite al lector de nuestros días de manera inmediata, pese a la trabajosa sintaxis del español popular del siglo XVI. El atropellamiento y desorden en el cúmulo de episodios que integran la narración, nos sugiere que los informantes no daban tregua al escribano, y que aquella, una vez concluida, pasó sin alteraciones a la imprenta novohispana.

Como ocurre con la mayor parte de los reportajes, éste que nos ocupa se aproxima a géneros más propiamente literarios que periodísticos,

como la narración. Por otra parte, en la introducción descubrimos una fórmula, heredada de los relatos verbales, que recuerda mucho los romances y los corridos populares: "...el dicho sábado se aseguró como dicho es..."

La enumeración de daños causados por las avenidas de agua, lodo y piedras en la ciudad; las casas que desaparecieron "sin dejar cimientos"; la pérdida de ganados y animales domésticos; la mortandad entre los indios, y la desaparición de familias enteras de españoles y criollos "sin quedar persona conocida", nos obligan a revivir el drama que todos padecieron una lejana noche, en los albores de la Colonia, y a compadecer profundamente a la viuda del conquistador Pedro de Alvarado, doña Beatriz de la Cueva, "la sin ventura", que pereció la noche trágica "con toda su casa".

Las circunstancias de la muerte de Pedro de Alvarado, cuando se hallaba empeñado en el descubrimiento y conquista de la costa de Jalisco; la llegada de la noticia a la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, y los pormenores de la elección de su mujer, doña Beatriz de la Cueva, para gobernar en su lugar la provincia de Guatemala, hasta en tanto que el rey de España proveía su gobernador, constan en la Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la Orden de nuestro glorioso Padre, de fray Antonio de Remesal (en Madrid, año de 1619, libro IV, capítulos I a III p. 158-178)

Remesal incluye en esta obra un relato de la erupción del volcán de agua en septiembre de 1541 y de la destrucción de la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, coincidente en lo medular con la hoja volante que nos ocupa, con las variantes naturales que hay entre una relación cargada de elementos populares, obra de un testigo ocular, y la narración retrospectiva de un autor culto en labor de gabinete, basada en datos y documentos —entre los cuales no es remoto que figurase la propia hoja volante—. Las diferencias van desde el lenguaje usado y el orden interno de la narración, hasta la concepción misma del fenómeno, que en el documento popular descansa en elementos metafísicos y es interpretada racionalmente en la obra histórica.

El único ejemplar de la Relación del terremoto de 1541 se conserva en la Biblioteca Nacional de Guatemala, y una copia fotostática del mismo, en la Hemeroteca Nacional de México. Consta de 8 fojas, incluyendo la portada orlada en forma de frontis, una gran letra capital de adorno al comienzo del texto, y en la última página el escudo de armas imperiales y al pie de éste las columnas con el plus ultra. La letra es gótica, y el colofón reza: "Fue impresa en la gran ciudad de México en casa de Juan Cromberger año de mil y quinientos y cuarenta y uno".

El señor José Sancho Rayón la reprodujo en fotolitografía, además de hacer su descripción, en *La imprenta en México (1539-1821)*. (Santiago de Chile, impreso en casa del autor, 1909, t. IV, pp. 215-221). En México, Luis González Obregón ("Las hojas volantes", en *México viejo y anecdótico*, pp. 111-136), publicó un extracto con sintaxis modernizada, y Agustín Aragón Leyva la reprodujo en la revista *Hoy* (núm. 537, México, 7 junio 1947, pp. 46-48 y 82), con abundantes errores de interpretación y omisiones hasta de líneas enteras; de ahí la tomó Rafael Carrasco Puente, compilador de *La prensa en México*. Datos históricos. (México, 1962, pp. 21-29). Ma. del Carmen Ruiz Castañeda publicó en *Cuadernos de la Hemeroteca Nacional* (México, UNAM, ene-mar. 1966, v. I. n. 1), una transcripción expurgada de la Relación, así como el capítulo relativo de la Historia de Remesal, para su confrontación. De ahí se tomó la primera para este número de Universidad de México.

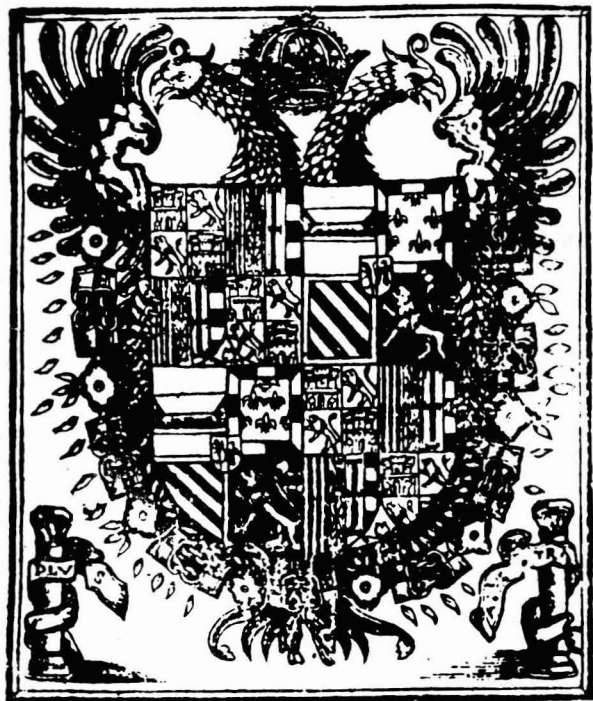


RELACIÓN DEL ESPANTA/ble terremoto que agora nuevamente/ ha acontecido, en las Indias en/ una ciudad llamada Guatemala/la, es cosa de grande admi/ración, y de grande/ ejemplo para/ que/ todos nos enmendemos de nuestros/ pecados, y estemos apercibidos para/ cuando Dios fuere servido/ de nos llamar.

MEMORIA DE LO ACAECIDO EN/ Guatemala.

Sábado, a diez de septiembre de mil y quinientos y cuarenta y un años a dos horas de la noche, habiendo llovido jueves, y viernes no mucho ni mucha agua, el dicho sábado se aseguró como dicho es, y dos horas de la noche hubo muy gran tormenta de agua de lo alto del volcán que está encima de Guatemala y fue tan súbita que no hubo lugar de remediar las muertes y daños que se recrecieron; fue tanta la tormenta de la tierra, que trajo por delante del agua y piedras y árboles, que los que lo vimos quedamos admirados, y entró por la casa del adelantado don Pedro de Alvarado, que haya gloria, y llevó todas las paredes y tejados como estaba más de un tiro de ballesta; y a la sazón estaba en la recámara un comendador, capellán del adelantado, y otro capellán de doña Beatriz de la Cueva, su mujer; y queriéndose acostar entró el golpe del agua, que aún no era venida la piedra, y levantólos en alto; y fue con tanta fuerza que estaba una ventanica pequeña abierta un estado del suelo, y casi muertos los arrojó grande trecho en la plaza; y quiso Dios que como estaba la casa del obispo cerca fueron remediados aunque con gran trabajo; en la dicha casa no había hombre ninguno porque ya la tormenta los había echado muertos, y la desdichada de doña Beatriz que estaba con sus doncellas y dueñas, y como oyó el ruido y torbellino, fuele dicho cómo el agua llegaba a la recámara donde dormía y levantóse en camisa con una colcha, y llamó sus doncellas que se metiesen en una capilla que ella hacía, y ellas hicieronlo así, y ella se subió encima de un altar, encomendándose con mucha devoción a Dios, y abrazóse con una imagen y con una hija del adelantado niña, y la gran tormenta que vino de piedra a dar derecho a la misma capilla, y del primer golpe cayó la pared, y todas las tomó debajo donde dieron las ánimas a su criador; acaso doña Beatriz de Alvarado, hija del adelantado, y Juan de Alvarado, y doña Francisca, hija de Jorge de Alvarado, y otra su hermana menor, y Francisca de Molina, y otras doncellas que estaban fuera del aposento de la señora doña Beatriz fueron alborotadas y viniendo tomolas la tormenta en el camino con las paredes del huerto, y como las tomó el hilo del agua, como fue tan fuerte, llevólas más de cuatro tiros de ballesta fuera de la ciudad; fue Dios servido que como la tormenta se había derramado por toda la ciudad,¹ fuera en el campo no llevaba tanta furia, tuvo la señora doña Leonor lugar de hacer pie en unas yerbas y maderos, y halló un muchacho a la sazón en un remanso cerca de allí y como conoció haber llegado allí, entendió por lo que le dijo ser hija del adelantado; y el muchacho fue tan comedido que a cuestras la sacó; parece ahora a los que lo vimos, según el muchacho era pequeño no ser posible, porque la llevó a cuestras más de medio tiro de ballesta hasta

¹ En el texto de Medina falta la frase "por toda la ciudad".



una casa donde la dejó; y de las damas que salieron escaparon cuatro, porque unas entraban en las casas con el golpe del agua donde se salvaban otras con cordeles. Y de la casa del adelantado fue mucho el número de los indios e indias que murieron, y de las mujeres que murieron fueron: la señora doña Beatriz y otras once, las cuales juntas como se hallaron a la mañana fueron enterradas en una sepultura, salvo la desdichada de doña Beatriz que fue enterrada como convenía, junto al altar mayor; asimismo faltó otra mujer que no pareció; la casa del dicho adelantado estaba en medio de la plaza en lo alto como dicen a la parte del sur de la dicha casa, toda la casa y toda la ciudad, que es las dos partes de ella; todas las casas o las más de ellas fueron caídas y anegadas, acolmadas de tierra y arena, y algunas casas fueron llevadas gran trecho, y aunque parece imposible la muerte de los indios pasan de seiscientos; muchas casas quedaron sin herederos: muertos padres e hijos y mujeres muertos, sin quedar persona conocida; fueron demás de éstos Antón de Morales, escribano, que como vio la tormenta tan grande tomó a su mujer e hijos y echólos por una ventana y él tras ellos, fue Dios servido que la mujer se salvase. Aquí acaeció un misterio grande, que un niño de seis semanas y otro de cinco años, a cada uno llevó el hilo del agua, que fueron los más chiquitos y no saben de qué manera fueron a parar gran trecho; y en la mañana los hallaron vivos, y el mayor de cinco años se halló en casa de Espinar en un corredor. Parece grande milagro haber por donde llegar; y estuvo hasta que amaneció; y acaso entró un español y lo halló, y con una cuerda lo subieron en casa de Juan de Chávez, y acabado de subir el niño cayó toda la casa donde estaba. Murió Alonso de Velasco y su mujer e hijos, y toda su casa sin quedar nadie, ni más se han hallado muertos ni vivos. Murió su mujer de Bozarraez, con todas las niñas que tenían de españoles; y toda la casa sin dejar cimiento; y murieron en ella cien personas, que sólo escapó él con

un español. Llevó toda la casa de Bartolomé Sánchez; murieron su yerno y Pedro de Puente y su mujer, y Hernando Álvarez, el prieto, y su mujer, y Francisco Flores, el manco, y el mismo Bartolomé Sánchez con cuantas personas había en su casa, sin escapar ninguno, ni se han hallado muertos ni vivos. Murió Blas Fernández, el ciego, y su mujer y Atienza, y toda su casa, sin escapar persona ninguna. Murió Robles, el sastre, y su mujer y toda su casa. Murió la mujer de Francisco López, el regidor, con toda su casa e hijos, y dos hermanas de su mujer que no escapó más de él con gran trabajo; y jura y afirma que teniendo una viga atravesados a él y a su mujer, que según le pareció llegó a él un negro muy alto y le preguntó si era Morales, y él le rogó que le quitase aquella viga que tenía atravesada, en que llegó el negro con una palanca, y muy livianamente la levantó y la dejó caer encima de su mujer, de lo cual murió; y él dice que vio ir al dicho negro por la calle adelante por enjuto, lo cual es imposible, porque había por la calle más de dos estados en alto el cieno. Murió la mujer de Alonso Martín Granados, y sus nietas e hijos de Juan Páez, y asimismo una hija suya que vivía en Colima, con cuatro hijos abrazada, fue hallada muerta; y así fueron enterrados en una sepultura. Y asimismo murieron más de otras cuarenta personas. Don Francisco de la Cueva, como sintió la tribulación pensó que era algún ruido, y queriéndose acostar, tornóse a calzar las calzas, tomó una lanza y salió a la sala y halló el patio lleno de agua y casi tapada la puerta de la sala, y acordándose de la desdichada de doña Beatriz corrió a la ventana de la calle y vio como el agua llegaba a la ventana y no se atrevió a salir, porque cierto muriera; y creyendo que la casa caería sobre él, salió a los corredores, y saltando hallóse todo metido en el cieno hasta más de la cinta, que no podía ir ni atrás ni adelante; y con mucho trabajo fue un poco adelante y vio un bulto y quiso pasar adelante y vio otro bulto, y llegado vido que era un caballo que estaba ahí ahogado; y se subió sobre él y de allí vio unos palos atravesados en una pared y con gran trabajo se subió allí hasta la mañana, que se creyó que era muerto. Pereció toda la gente de su casa y dos caballos y un español que los curaba. La tempestad vino tan presto que no hubo lugar de socorrerse unos a otros. Casi al tiempo que venía la tormenta Juan Pérez de Ardón fue en casa del señor obispo y le dijo que no saliese de allí porque la casa era muy alta y grande, y respondióle que no era tiempo sino de ir a socorrer a doña Beatriz y su casa, y mandó a ciertas personas que estaban allí que fuesen allá, y el señor obispo y Juan Pérez de Ardón, como llevaban pantuflos pidió unos zapatos, y mientras fueron por ellos detúvose, y el dicho Juan Pérez de Ardón pareciéndole que era razón de ir adelante con Rodríguez, el herrador, y socorrer a la desdichada de doña Beatriz, y con muy grande trabajo entraron, y a la entrada cayóse la casa, y pasaron adelante donde hallaron a las mujeres que se salvaron, que las llevaba el agua, y asieron de una de ellas y esforzándolas vino otro torbellino que a cada uno echó por su parte, y los llevó hasta el río, donde el dicho Juan Pérez pasó gran tormenta y trabajo; y muy maltratado a la mañana lo trajeron vivo, que ya lo tenían por muerto. Todos los demás españoles, hombres y mujeres, escaparon con mucho trabajo, y muchos quebrados brazos y piernas, de que algunos después acá han muerto. La ciudad quedó tan destruida y

Memoria de lo acaecido en guatemala.



Abbado a diez de setiembre
mil y quinientos y quatro
y en años a dos horas de la noche
viendo llouido jueues y vier-
nes no mucho, ni mucha agua
el dicho sabbado le aseguro de
mo dicho es: y dos horas de la
noche buuo muy gran temer-
ta de agua del alto del vulca-
que esta encima de guatemala,
y fue tan supita que no buu
lugar de remediar las muertes
y daños que se crecieron. Tu-
tanta la tormenta de la tierra
traxo por delante del agua y pi-
edras y arboles que los que le

viemos qdamos admirados y entro por la casa del adelantado do
pedro de aluaredo q ara gloria y lleuo todas las paredes y teja-
dos como estaua mas de vn tiro de rallela y ala sazón estaua en
la recamara vn comendador capellan del adelantado y otro cape-
llan de doña beatriz de la cueua su muger: y queriendo se acostar
entro el golpe del agua que aun no era venida la piedra y leuan-
to los en alto: y fue con tanta fuerza que estaua vna ventanica pe-
ña abierta vn estado del suelo: y casi muertos los orrejo grãde tre-
cho en la plaza: y quiso dios que como estaua la casa del obispo cer-
ca fueron remediados aun que con gran trabajo en la dicha casa
no es un hombre ninguno porque ya la tormenta los auia eccha-
do muertos: y la desdichada de doña beatriz que estaua cõ sus dos
yellae y duçhas: y como oyo el ruydo y turbillino fuele dicho co-
mo el agua llegaua a la recamara donde dormia y leuanto se en ca-
misa cõ vna colcha y llamo sus dos yellas que se metiesen en vna
capilla que ella havia y ellas oyeron lo assi y ella se tubo encima
de vna altar encomendandose con mucha deuocion a dios y abia
posse con vna imagen y con vna hija del adelantado niña a la sazã

maltratada y gastada y tan atemorizada la gente, que to-
dos querían dejarla y despoblarla, que se quedase todo
perdido; y esto es lo que se platica ahora; dando infinitas
gracias a Dios que nos dejó vivos. Creen que al primer
temblor las casas que quedaron se hundirán, y por no es-
perar otra ira de mano de Dios lo quieren dejar todo; por-
que fue una cosa tan espantable, que nunca tal se ha visto
ni se ha oído, porque traía tanta tierra y cieno por delan-
te que corría con tanta fuerza la piedra y arena, como ríos
caudales; y las piedras como diez bueyes las llevaba como
corcho sobre el agua, y esto en tanta cantidad que la ciu-
dad está llena de una balsa de una lanza en alto. Queda-
ron las calles que es imposible pasar por ellas, que el cieno
llaga casi a las más altas ventanas. Fue la cosa tan teme-
rosa y con tanta oscuridad y viento y aguas, que los unos
no podían socorrer a los otros, y cada uno que escapaba
pensaba que él sólo había escapado, y pensaron que era
todo hundido hasta que vieron el día. Acaeció que esta
misma noche, con deseo de socorrer a doña Beatriz, salió
al ruido grande que andaba Álvaro de Paz y un español
que venía con él, y porfiaron con gran trabajo a ver si pu-
diesen socorrerla, y en llegando cerca de las ventanas, la
gran tempestad que venía de piedra y agua y tierra los
arrebato y los arrojó muy grande trecho, de arte que salie-
ron con muy gran trabajo y pensaron perecer luego. Fran-
cisco Cava acometió muchas veces con un caballo y no
pudo y apeóse, y con gran trabajo pasó hasta el aposento
de doña Beatriz, y halló la cama caliente, en la que si es-
tuviera ella y su gente se salvara, porque sólo aquello de
toda la casa se salvó. Y a la entrada que entró halló en la
misma casa una vaca, y dice que tenía medio cuerno y en

el otro una soga, y que arremetió a él y le tuvo debajo del
cieno dos veces, que pensó morir, y es de creer que era el
diablo, porque en los corredores andaba tan gran ruido
que ponía temor y espanto a los que lo oían. Esta misma
vaca se puso en la plaza y no dejaba pasar hombre ningu-
no a socorrer a nadie. Otras muchas vacas y ganados, con
temor de la tormenta, se venían con grandes bramidos a
la ciudad. Esta misma noche, a la parte de levante de la
ciudad, casi tres tiros de ballesta fuera de la ciudad, salió
de hacia el mismo volcán otra tempestad tan grande que
traía tanta piedra y madera que asoló todo lo que tomó
por delante y fue grande cantidad de ganados la que ma-
tó, y algunos indios que tomó por delante; créese que si
juntamente vinieran ambas tormentas por una parte, que
no quedara hombre vivo en toda la ciudad. Hémoslo atri-
buido a nuestros pecados, porque tan gran tempestad no
podemos saber cómo ni de dónde nos vino. Y para apla-
car la ira de Nuestro Señor, otro día por la mañana el se-
ñor obispo hizo una procesión y se dijeron las letanías de-
lante el altar mayor con mucha devoción, y les hizo un ra-
zonamiento, animándolos y esforzándolos. Que a los bue-
nos había llevado Dios a su gloria, y con los que había de-
jado había usado de mira,² y que fuésemos tales que te-
miésemos la muerte en todo tiempo. A la coyuntura que
esta tormenta vino, túvose por misterio lo acaecido en
casa de aquella señora, Dios sabe por qué. El sentimiento
que aquella señora hizo por su marido fue extremo, que ni
comía ni bebía; y corrigiéndola de algunas cosas que con
la pasión decía, dijo muchas veces que ya Dios no la podía
hacer más mal de lo que la había hecho. Su bondad y cas-
tidad la salva,³ posible es que la quisiese Dios martirizar
en el cuerpo, en ejemplo de los que da Dios. Encomendó el
obispo que ayunásemos miércoles y viernes y sábado. En
todos tres días hizo el obispo procesión solemne con su le-
tanía. Estaba a la sazón la iglesia y todo el pueblo cargado
de luto que se hacían las honras del adelantado. Y como
fueron tantos los muertos y los llores, encomendó el obis-
po que no era tiempo de llorar por los muertos, sino de
dar gracias a Dios, y así se ha hecho; y que quitasen los
lutos de la iglesia. E hízolo también porque los naturales
no pensasen que estaban desconsolados todos los del pue-
blo y no tomasen alas y algunos malos pensamientos. Y
por haber sido tan grande la pérdida, aunque no de espa-
ñoles, velasen la ciudad porque no pensasen que estamos
descuidados, y hasta ahora no se ha sentido ningún ru-
mor sino que los señores de toda la tierra han venido aquí,
pesándoles de lo sucedido. Entienden ahora en hacer una
granjería muy grande en el campo a do todos vivamos
juntos, hasta tanto que se comience a hacer el pueblo, que
no hay hombre que quisiera volver a su casa, que quedan
pocas. Es lástima de ver tantas y tan buenas casas como se
han perdido, y se deja la iglesia mayor y las casas del señor
obispo, que después de las de México, no había otras mejo-
res en estas partes, ni de tanta costa. ◇

Juan Rodríguez, *escribano*.

² Medina: "Y con los que había dejado había usado de misericor-
dia."

³ "Su bondad de castidad la salva", *ibid*.